

OTROS TEMAS



PROCESOS POLÍTICOS

PROBLEMAS AGRARIOS

TEORÍA E INVESTIGACIÓN

¿Desarrollo de la comunidad o desarrollo capitalista?

Jorge Fuentes Morua*

Las revoluciones burguesas como las del siglo XVIII, avanzan arrolladoramente de éxito en éxito, sus efectos dramáticos se atropellan, los hombres y las cosas parecen iluminados por fuegos diamantinos, el éxtasis es el estado permanente de la sociedad; pero estas revoluciones son de corta vida, llegan en seguida a su apogeo y una larga depresión se apodera de la sociedad, antes de haber aprendido a asimilar serenamente los resultados de su periodo impetuoso y turbulento. En cambio, las revoluciones proletarias, como las del siglo XIX, se critican constantemente a sí mismas, se interrumpen continuamente en su propia marcha, vuelven sobre lo que parecía terminado, para comenzar de nuevo desde el principio, se burlan concienzuda y cruelmente de las indecisiones, de los lados flojos y de la mezquindad de sus primeros intentos, parece que sólo derriban a su adversario para que éste saque de la tierra nuevas fuerzas y vuelva a levantarse más gigantesco frente a ellas, retroceden constantemente aterradas ante la ilimitada inmensidad de sus propios fines, hasta que se crea una situación que no permite volverse atrás y las circunstancias mismas gritan: Hic Rhodus, hic salta! ¡Aquí está Rhodus, salta aquí!

K.Marx, El 18 Brumario de Luis Bonaparte.

1. El desarrollo del capitalismo, el proceso inherente a su implantación, en muchos sentidos es relativamente nuevo. Esta afirmación, sobre todo si se toma en sentido genérico, parece tajante y hasta falaz. Sin embargo, si aprendemos del pintor el uso de los matices podemos recurrir a comparaciones históricas, que nos permitan una percepción gradualista de la difusión capitalista. En efecto, al observar el desenvolvimiento capitalista, tanto desde una perspectiva diacrónica, como desde

*Departamento de Sociología, UAM-I.

una sincrónica, rápidamente se advierte la heterogeneidad de este proceso histórico. Sin duda, la sociedad mexicana es capitalista; no obstante, al comparar el grado de desarrollo de este modo de producción en México con el alcanzado en los Estados Unidos o en Alemania, saltan a la vista de manera inmediata diferencias profundas y notables; por ejemplo: las condiciones tecnológicas y científicas, las costumbres políticas y sociales, así como los niveles de consumo, salud, educación, etc. La comparación entre dos sociedades capitalistas y las diferencias que de ella resultan delata un proceso claro de diferenciación histórico, a pesar de que el balance corresponda a un mismo corte histórico; por ejemplo, la economía mexicana y la norteamericana en la década de los setenta. La heterogeneidad capitalista es más perceptible en sociedades atrasadas, llamadas, siempre en busca del eufemismo, dependientes, subdesarrolladas, tercermundistas o en vías de desarrollo.

2. La sociedad mexicana contemporánea se caracteriza, entre otras cosas, por la variedad, por la abundancia de diferencias. En un mismo sector de la producción encontramos desemejanzas abismales, por ejemplo: entre la industria moderna del calzado y sus hijas vergonzantes, las "picas" (la producción familiar o artesanal del calzado); entre la industria maquiladora de exportación y la industria maquiladora de la confección, en el Bajío, y entre los grandes centros comerciales de lujo y los vendedores ambulantes. Todas estas distinciones, en apariencia contradictorias, son en lo sustancial complementarias. La miopía ocasionada por la avidez del lucro inmediato impide exteriorizar lo que bien se sabe: la economía formal sería impensable sin el amplio sustento y apoyo proporcionado por la llamada eco-

nomía informal o subterránea, es decir, por la economía que está fuera de las "normas tradicionales".

El campo mexicano y su heterogeneidad notable hacen de ésta su cualidad esencial. Schejtman ha estudiado bien este rasgo de la estructura agraria mexicana, localizando la convivencia de prácticas económicas agrarias claramente capitalistas —empleadoras de la tecnología más avanzada y de métodos de comercialización de punta— con la explotación minifundista, caracterizada por el atraso y los bajos rendimientos hasta el punto de hacer pensar que su función esencial y su riqueza básica es la producción de hombres, fuerza de trabajo indispensable para el funcionamiento de la agricultura moderna. De nueva cuenta, la heterogeneidad resulta esencial para el sostenimiento de funciones complementarias, indispensables para el mantenimiento del crecimiento económico obstaculizador de un genuino desarrollo social. Como se ve, un corte sincrónico de la sociedad mexicana revela, de manera inmediata, la permanencia de disparidades insondables, situación que prevalece también en el nivel del consumo tanto en el campo como en la ciudad.

En las ciudades latinoamericanas es evidente la asimetría social existente. La crisis persistente se ha profundizado hasta el punto de considerar la década de los ochenta como tiempo perdido, pues los rasgos más nefastos de la crisis, lejos de desaparecer, se han profundizado hasta convertir a las ciudades latinoamericanas, y por supuesto a las mexicanas, en verdaderos campos de combate donde se libra una feroz guerra social. La transformación de las ciudades de asentamientos humanos en hacinamientos humanos es inseparable del proceso de industrialización originado por la difusión acelerada del capitalismo. Ciudades antiguas y otras recientemente creadas se han constituido en polos concentradores de un nuevo tipo de relaciones urbanas a partir de las cuales se ha difundido un pro-

ceso generalizado de urbanización del campo. Por ello, es posible explicar la rápida concentración demográfica urbana, a partir de migraciones masivas provenientes de las más diversas regiones de la ruralidad mexicana. La diferencia étnica no ha sido obstáculo para la enérgica atracción citadina ocasionada por la urbanización del campo; así, encontramos en la ciudad de México, en Ciudad Juárez o en Tijuana, a indígenas mazahuas convertidos en agentes de ventas de grandes trasnacionales: Kimberly-Clark, Chiclet's Adams, etc. En la frontera norte se advierte un espectáculo surrealista: las mazahuas piden moneda americana, *one dime*, pero sobre todo *one dolar*. Abundan los testimonios dotados de plasticidad que ilustran, más que la información estadística, el bárbaro proceso de urbanización del campo; esta transformación permite la comprensión de lo sucedido en ciudades que en una década lograron incrementar su población en un millón de personas o más.

3. La voracidad capitalista urbana no tiene límites. Bosques enteros, recursos hidráulicos y marítimos, flora y fauna silvestres son destruidos y arrancados para saciar los apetitos ciudadanos. El capital también ha decidido la destrucción acelerada de las tecnologías apropiadas, inherentes a la agricultura tradicional, para imponer compulsivamente el uso de tecnología más lucrativa, capaz de satisfacer los requerimientos de las instituciones financieras. Es posible señalar situaciones delatorias de los efectos devastadores causados por la política crediticia impuesta a los campesinos. Por ahora, bastaría con pensar en las consecuencias —ecológicas y sociales a largo y mediano plazo— derivadas del desplazamiento de los abonos orgánico-naturales, ocasionado a su vez por el consumo de fertilizantes químico-industriales.

En efecto, el predominio industrializador no permite la sobrevivencia de poros en la producción y en el consumo que discrepen de su lógica despótica. Así, la agricultura temporalera ha sido desmembrada, valiéndose para ello de sucesivas oleadas de "modernidad tecnológica"; este embate descansa en la necesidad implacable de extender las fronteras del mercado interno, indispensable para las mercancías producidas industrialmente. Tal compulsión ha originado la erosión bioquímica de los suelos pertenecientes a las zonas temporaleras, en las que la industria productora de fertilizantes o sus variantes comerciales han podido imponer el consumo de su nocivo producto. El uso de los "químicos" —tal designación es usada por los indígenas de algunas regiones para diferenciar este insumo agrícola de "los embonos", como le llaman los purépechas al abono natural compuesto normalmente de estiércol y paja—, además de modificar la estructura y la composición de la capa vegetal, también tiene implicaciones en las relaciones sociales organizadoras de la producción de la vida, pues al dejarse de usar el estiércol disminuye la importancia y el espacio destinado a la actividad ganadera (bueyes, asnos, mulas, caballos, vacas, borregos, etc.). La disminución del peso y de la significación de las bestias de tiro origina nuevas necesidades: el tractor y los camiones. El fetichismo mecanizador ha sido muy eficaz para destruir la producción campesina, sin embargo, ha fracasado finalmente en su empeño ficticio de producir granos básicos, lo cual ha contribuido de manera importante a la agudización de la añeja crisis agraria. De igual manera, su majestad Petróleos Mexicanos —al servicio de la reserva estratégica estadounidense y de la industria automotriz "mexicana"— ha decidido la destrucción de los ricos campos y de la selva tabasqueña, de la riqueza marítima de Campeche y de Oaxaca, etc. En suma, en lugar de encontrarse "al servicio de la

patria", busca satisfacer los apremios industriales y financieros, siempre ciudadanos.

Con base en lo anterior se observa que concurren a la conformación de una sociedad francamente heterogénea, desigual y asimétrica, factores de raíz endógena y otros vinculados directamente al mercado internacional. En consecuencia, la estructura económica, social y política mexicana posee como rasgos definitorios esenciales la injusticia y la disparidad. Esta situación, por paradójico que parezca, resulta opuesta a los intereses capitalistas y al mismo tiempo indispensable para la sustentación permanente del modelo de crecimiento económico social y político, adoptado por el gobierno mexicano en connivencia con los intereses de los financieros internacionales. Para el modelo de desarrollo capitalista la ampliación permanente del mercado interno es una exigencia fundamental; esta necesidad no ha podido ser resuelta adoptando variantes populistas o neoliberales de desarrollo, pues hasta el momento el mercado interno aparece limitado por el escaso poder adquisitivo de los ciudadanos; por ello, hoy, de manera velada, se confiesa el fracaso de los intentos por ampliar el consumo interno al optarse por proyectos industrializadores cuya fuerza esencial descansa en la exportación de las mercancías. Hasta la fecha todo indica que la estrategia industrializadora-exportadora ha fracasado en sus propósitos de ampliar el nivel de consumo.

4. La asimetría social también es política, y ocasiona inestabilidad en todos los niveles de la vida social, a pesar de que para el desarrollo capitalista la estabilidad, o la "paz de los sepulcros", es condición urgente para la "buena marcha de la sociedad". Sin embargo, la mayoría de los mexicanos tienen escasa capacidad de producción y de consumo, tanto de satisfactores fundamentales como de otros más refi-

nados. Tal debilidad abarca la producción de mercancías, de cosas, pero también de relaciones sociales, como aquellas inherentes a la producción, distribución y consumo de las relaciones sociales destinadas a conformar el poder político, la capacidad de decisión y la de negociación.

La concentración del poder político en pocas manos genera inestabilidad y conflictos frecuentes que exigen soluciones. No obstante la paz porfiriana reanudada a partir de 1936, grupos y clases dominantes han debido empeñar grandes esfuerzos, en tiempo y dinero, para mantener el orden vigente o, si se quiere, el caos permanente. La legislación laboral es violada, y normalmente ocurre lo mismo con la legislación agraria; las garantías del individuo y del ciudadano contenidas en la Constitución tienen escasa vigencia, pues no son asumidas como tales por los agentes destinados a la represión pública. El fraude electoral, cada vez más costoso en términos políticos y monetarios; la "alquimia electoral"; "la ingeniería electoral"; "los embustes"; "las urnas embarazadas", etc.; además, dirigentes de izquierda, populares, deben ser cooptados permanentemente para así mermar los movimientos urbanos, agrarios y obreros. Todo esto significa un enorme costo, pues para una economía monetarizada es indistinto si los recursos son destinados a pagar un matón a sueldo o a editar un periódico, una revista o un programa cultural, siempre "democráticos".

La escasa capacidad de producción y el consumo del mercado interno, así como la inestabilidad política, constituyen valedores para el desarrollo capitalista en México, tanto por los costos directos como por los costos indirectos, lo que significa la quiebra de empresas y el cierre de fábricas, el almacenamiento de mercancías irrealizables y los gastos necesarios para costear una represión sutil o violenta, según la coyuntura lo requiera. La crisis económica y política permanente

es, pues, un aspecto inseparable de la sociedad mexicana. Esto obedece al hecho de que difícilmente podría funcionar esta sociedad como tal sin los aspectos señalados con anterioridad, a pesar del carácter contradictorio que revisten sobre todo frente a los modelos ideales de desarrollo económico y social propuestos por gobernantes y agentes empresariales. El fundamento de esta contradicción que cruza todo el espectro social reside en el hecho de que no podría existir este capitalismo sin los bajos salarios, la evasión fiscal de grandes capitalistas, la omnipresencia de un gigantesco aparato burocrático —a pesar del mito permanente sobre su reducción o adelgazamiento—, la abundancia de desempleados y al aparato represivo necesario para contener a las fuerzas opuestas y afectadas por el desorden generalizado. Por todo esto se afirmó anteriormente que es impensable este capitalismo sin sus profundas contradicciones, pues justamente en sus opuestos encuentra los elementos necesarios para mantener su hegemonía, así sea ésta frágil y quebradiza.

5. La historia del capitalismo, universalmente considerado, incluye forzosamente el estallido ubicuo de los llamados movimientos sociales. Vale la pena mencionar que el eufemismo “movimientos sociales” brota del dispositivo ideológico destinado a encubrir el concepto de lucha de clases, el cual, por cierto, no fue acuñado ni por Marx ni por Engels, sino que fue fruto de la historiografía burguesa orientada al análisis de la Revolución francesa. Independientemente de la nomenclatura usada es factible observar la eclosión permanente de colisiones sociales o clasistas en Europa Occidental, a lo largo del siglo XIX; como se sabe, en esta centuria se consolidó el predominio capitalista, cuyas bases territoriales de arranque se ubicaron principalmente

en la Gran Bretaña, luego en Francia y después en ciertas regiones de lo que hoy es Alemania.

El movimiento obrero británico creció de manera notable, creó organizaciones poderosas encargadas de la estructuración sindical y editó folletos, panfletos, revistas y periódicos orientados a la educación obrera, tal fue el caso del *Republicano rojo* publicado por Jones. En Francia la lucha de clases asumió rasgos diferenciados, pues en esta sociedad la industrialización no había calado con profundidad análoga a la de Inglaterra; además, el catolicismo predominante lastimaba el desenvolvimiento cultural contestatario, por ello la impugnación al orden existente tomó matices cooperativistas y anarcosindicalistas; sin duda también floreció en forma vigorosa una cultura socialista preocupada por cuestionar el orden vigente, y a la vez proponer alternativas. En ciertas regiones, cuyo territorio corresponde a la nación alemana contemporánea, surgieron manifestaciones sociales, insurrecciones campesinas destinadas a preservar patrimonios comunales; levantamientos de trabajadores textiles, así como la presencia de un poderoso movimiento ideológico socialista, todo lo cual daba cuenta de la firme prolongación de las relaciones sociales de producción capitalistas. En tanto, en Europa Oriental (principalmente en Rusia) y en Europa Meridional, (Italia y España) floreció, a lo largo del siglo XIX, un enérgico movimiento anarquista que, al igual que el irlandés, apelaba al terrorismo y al levantamiento armado, con el propósito de recuperar las tierras usurpadas por nobles e industriales incipientes y restituirlas a las comunidades que luchaban por la abolición del Estado, de la propiedad privada y de las instituciones religiosas predominantes.

Toda esta energía, plena de riqueza y generosidad, prolongaba las mejores tonalidades del color rojo y de la radicalidad de las insurrecciones campesinas del anabaptista Münzer, de los husitas centroeuropeos, de

la Reforma alemana, de la Reforma anglicana, de los revolucionarios radicales ingleses del siglo XVII (niveladores y excavadores), de los jacobinos franceses; por ello, tan poderosa corriente desembocó en colisiones clasistas que mantuvieron amenazadas a las clases dominantes europeas durante las primeras siete décadas del siglo XIX; seguramente el periodo crítico de confrontación y enfrentamiento correspondió al comprendido entre 1848 y 1870.

Los procesos revolucionarios, sobre todo cuando resultan triunfantes, dan lugar a un movimiento contrarrevolucionario, larvado inicialmente, luego claramente antagónico; a raíz de la experiencia revolucionaria francesa, al resurgimiento de las corrientes conservadoras subterráneas se le ha denominado *Terminador*. La oposición a las tendencias revolucionarias francesas, difundidas rápidamente por toda Europa, articuló un amplio movimiento terminadoriano, decidido a detener el avance de las tendencias revolucionarias. El conjunto de prácticas ideológicas y políticas de la reacción conservadora conformó la Restauración. Además del movimiento restaurador, las fuerzas políticas de los Estados reaccionarios constituyeron la Santa Alianza, con Matternich a la cabeza; como de costumbre, el Vaticano se sumó a la cruzada conservadora y antipopular, publicando encíclicas destinadas al "compromiso social", así como a constituir una alternativa distinta frente a las corrientes socialistas revolucionarias.

La Comuna de París fue sofocada de manera violenta en 1870; no obstante, con este hecho sangriento no terminaría el movimiento libertario, pues surgirían partidos socialistas, más o menos reformistas, en toda Europa, como la social democracia, a pesar de que ella misma incubó en su seno tendencias radicales que derivarían en movimientos revolucionarios especialmente en Alemania, Europa Oriental y Rusia. La Re-

volución de Octubre y el ascenso de los bolcheviques significó el triunfo de un modelo social distinto al seguido por los países capitalistas más importantes de la época. El hecho histórico de la Primera Guerra Mundial y la crisis capitalista de los años veinte pusieron en jaque al Estado capitalista liberal, el cual se encontró acosado por la confluencia de numerosas tendencias subversivas. La alternativa capitalista reorganizadora de la nueva estabilidad social provino de los Estados Unidos y de Inglaterra, principalmente —la Revolución de Octubre confirmó la importancia de la política, el gobierno, el Estado, en suma, del poder político—, por esto florecieron tendencias importantes del pensamiento político burgués, preocupadas por construir formas estatales menos quebradizas, capaces de resistir la marea revolucionaria. En este contexto puede explicarse el surgimiento del nacional socialismo y del fascismo pero, sobre todo, del "Estado de bienestar".

El Estado de bienestar profundizó ciertas tendencias preexistentes en el Estado liberal clásico, que en su momento habían surgido para remediar la "cuestión social", el "problema social": bancos de ahorro popular, cajas de ahorro, cooperativas "autosuficientes", etc. Todas estas prácticas buscaron, en su momento, paliar los males del capitalismo, sin cuestionar de raíz el orden vigente. Estas prácticas sociales habían descansado, principalmente, en iniciativas provenientes de instituciones eclesiásticas y de asociaciones filantrópicas de raigambre privada; sin embargo, habían logrado construir un conjunto de instituciones (orfanatos, servicios médicos, escuelas técnicas, escuelas dominicales, casas para la "readaptación social", centros de difusión religiosa, asilos para ancianos y desvalidos, etc.) que, a la postre, quedaban articuladas al aparato de dominación gubernamental, cumpliendo funciones complementarias para las que no estaba

capacitado, y menos interesado, el Estado liberal. No obstante la distancia de la política liberal frente a este tipo de iniciativas se benefició de ellas al darse frecuentemente una identificación entre las conveniencias gubernamentales y los propósitos de estas asociaciones y clubes cívicos. Estas prácticas jugarían un papel importante en la transición del Estado liberal al Estado de bienestar, pues una vez metamorfoseadas constituirían puntos de apoyo para la expansión del Estado capitalista, decidido a dejar los espacios estrechos derivados de las instituciones de gobierno consideradas tradicionalmente. El paso decisivo dado por la política del capitalismo, orientado a superar la crisis de los años veinte, consistió —además de la inseparable guerra— en ampliar el Estado, al difundir su influencia y su poder en el seno de la sociedad civil, apropiándose o subordinando de manera indirecta instituciones sociales que habían nacido en forma relativamente espontánea. De esta manera se construyó una red tupida de relaciones sociales y políticas destinadas a preservar el orden existente (Korsch, Gramsci), a través de la difusión ideológica, pero sobre todo de la ampliación del mercado, aprovechando las prácticas mercantiles, tanto por su valor económico intrínseco, como por el valor comunicativo contenido en actividades capitalistas ejecutadas en pequeña escala. La mercancía, el dinero y los créditos, además de la utilidad inmediata que representan, también implican maneras de percepción y de construcción de la realidad social, que finalmente quedan subordinadas a la lógica de la ganancia y del lucro individual. Este contexto ideológico y económico desembocó, casi de forma mecánica, en posiciones políticas opuestas a cualquier tipo de crítica al orden vigente, fortaleciéndose el conformismo social impedido para visualizar cualquier realidad más allá del interés inmediato. La razón analítica imponía un férreo control al suprimir perspectivas capa-



ces de comprender la realidad como un complejo de relaciones sólidamente articulado (Lukacs). En las sociedades capitalistas desarrolladas este conjunto de prácticas políticas resultaron exitosas, e impidieron cualquier asalto al poder capaz de recordar las condiciones que originaron la caída del Palacio de Invierno, gracias a la cual triunfó la Revolución bolchevique. El Estado ubicuo, sólidamente difundido a través de una compleja red de “trincheras” y “casamatas”, se vio fortalecido en forma extraordinaria después de terminada la Segunda Guerra Mundial. Las décadas posteriores al conflicto armado ilustrarían el poder del Estado capitalista en las sociedades industrialmente avanzadas. En efecto, la supremacía del poder burgués descansaría en el ejercicio de la coacción y la violencia armada sólo como último recurso; la represión, la sumisión y la obediencia se construían a partir de la difusión generalizada de mercancías que, independientemente de su valor intrínseco, se identifica con el bienestar; el proceso de distribución y consumo del bienestar constituyó una red subterránea notablemente poderosa, más convincente que cualquier argu-

mentación ideológica formal. Intervinieron, para la estructuración de este poder, instituciones gubernamentales y "privadas" o, si se quiere, no gubernamentales. Esta red tupida de aparatos ideológicos y económicos permitió la erección de la nueva hegemonía estatal, fundada en el uso de la violencia y en la difusión del conformismo social (consenso), medicina preventiva capaz de encapsular cualquier brote de disidencia.

Cualquier reforma que pretenda acabar con la miseria y la tiranía no pasará de ser una píldora dorada que atenuará por cierto término el malestar de los de abajo, de los que han hecho la Revolución, de los proletarios para decirlo de una vez; pero el mal no será extirpado sino cuando los trabajadores, los pobres, los plebeyos hayan abierto los ojos y adopten los principios contenidos en el Manifiesto de 23 de Septiembre de 1911, esto es, cuando desencantados de todas las promesas; desilusionados de la tendencia arraigadísima de seguir a caudillos que les den lo que ellos por sus propias manos deben tomar, despachen enhoramala a jefes y mandones, y, con el arma preparada, griten: "¡Abajo la propiedad individual! ¡Todo cuanto existe debe ser para todos!"

R. Flores Magón, *Regeneración*, 11, noviembre, 1914.

6. América Latina, incluido México —siempre a la zaga— recibió tardíamente la influencia del socialismo anarquizante (Flores Magón, Recabarren, Justo) y del socialismo de inspiración marxista (Mariátegui, Che Guevara). Lo mismo sucedió con las alternativas conservadoras enfrentadas a la cuestión social latinoamericana, eufemismo raquítico destinado a encubrir la ancestral miseria latinoamericana. Las tendencias sociales conservadoras han tenido siempre a su favor el peso nocivo de la época colonial; por ello, a excepción de lo sucedido en México, en gracia a la Revolución mexicana, enfrentaron, con holgura relativa, las embestidas de oleadas re-

volucionarias sucesivas, una y otra vez abatidas por la violencia o por la solidez de las costumbres políticas prevalecientes; sin embargo, ninguna logró tener una influencia sustancial, tal fue el caso del liberalismo jacobino mexicano, del magonismo, de los anarcosindicalistas y socialistas sudamericanos, así como de algunos agraristas e indigenistas destacados (tal fue el caso de Úrsulo Galván y Mariátegui). El estallido y triunfo de la Revolución cubana marcó, de manera definitiva, la historia social latinoamericana de los últimos años. La política de contrainsurgencia, empleada primero en Europa (1919-1939, 1953) y luego en Asia (1920-1975), se hizo indispensable para contener la ampliación del frente revolucionario latinoamericano. La lucha de clases se advirtió en sindicatos, en uniones campesinas y en colonias de pauperizados, a quienes se llamó "marginados"; este hecho exigió el replanteamiento de los mecanismos necesarios para mantener y conservar el sistema de relaciones políticas y sociales existentes, pues resultaba indispensable evitar un sorpresivo asalto al poder similar al sucedido en Cuba, donde el proletariado agrícola y la guerrilla continuaron viejas tradiciones libertarias, hasta lograr el derrocamiento de la dictadura.

La Revolución cubana fue un suceso inesperado, que amenazó con generalizarse rápidamente, en razón del atraso de las formas políticas predominantes en América Latina, también por la miseria y la incuria reinantes, y por el nacionalismo pisoteado una y otra vez por el poder imperialista, principalmente estadounidense. La fragilidad de la supremacía política vigente se hizo patente una y otra vez; la contrarrevolución disponía inicialmente tan sólo de las armas proporcionadas por los militares y otros cuerpos represivos; la Iglesia católica promovió movimientos anticomunistas, como el que enarboló el tristemente celebre eslo-

gan “cristianismo sí, comunismo no”, difundido en México. Sin embargo, la respuesta inicial dada por las fuerzas del orden exigía modificar la línea política, pues el enfrentamiento directo, lejos de disminuir el conflicto, lo enardecía. El éxito de los revolucionarios cubanos trascendió las fronteras latinoamericanas, y en Estados Unidos alentó verdaderas insurrecciones de las minorías, sobre todo de los negros, quienes organizaron verdaderos levantamientos armados quemando y destruyendo los símbolos del poder opresivo; así ocurrió en Los Angeles, Detroit y Chicago, entre otros lugares. Sería equivocado pensar que la atracción ejercida por la revolución cubana se debía a un simple ejercicio propagandístico; éste, sin duda, tuvo cierta importancia agitativa, pero lo que realmente daba sustento a la influencia cubana eran las condiciones de atraso y miseria palpables, entonces y ahora, en cualquier lugar de Latinoamérica, y aun en ciertos espacios de la sociedad norteamericana.

Ernesto Che Guevara y sus ideas influyeron en importantes núcleos de la izquierda latinoamericana y, de una u otra manera, su consigna, “crear dos, tres, muchos Vietnam”, a la larga resultó exitosa a pesar de su fracaso en Bolivia. La presión de las fuerzas revolucionarias empujó a sectores socialistas reformistas a cierta radicalización. Este contexto permitió la confluencia de distintos sectores de la nueva izquierda y de la izquierda tradicional, empeñados en lograr un salto hacia adelante, capaz de eliminar o al menos limitar la decadencia observable en el subcontinente. En Chile, Argentina, Brasil, Perú, Colombia y Venezuela, prácticamente en toda Centroamérica y en México, pueden apreciarse a partir de 1960, y hasta la fecha, persistentes oleadas revolucionarias: movimientos guerrilleros urbanos y rurales, partidos socialistas radicalizados relativamente, movimientos de izquierda revolucionaria, frentes y movimientos de

liberación nacional, etc. La historia de este periodo aún espera ser escrita; no obstante muchas de sus páginas ya han sido redactadas en los sindicatos, en los campos de cultivo, en las juntas vecinales, en escisiones y fusiones partidarias y también en sangrientos enfrentamientos militares, como los que hasta el momento ocurren en El Salvador, Colombia y Perú. Ciertamente, la subjetividad revolucionaria ha sido golpeada una y otra vez, pero a pesar de ello las condiciones de vida de los latinoamericanos, incluidos, claro está, los mexicanos, siguen descendiendo hasta niveles infrahumanos; por ello, hasta la “gente decente” reconoce la existencia de millones de indigentes mexicanos, y los años transcurridos entre 1980 y 1990 constituyen una década perdida, imposible de recuperar, aun si se dispusiera del auxilio de Proust.

El medio es el mensaje
M. McLuhan.

Quién resiste un cañonazo de cincuenta mil pesos.
A. Obregón

7. La resistencia de las fuerzas contrarrevolucionarias no ha cesado, por el contrario, después de cada asalto revolucionario renacen una y otra vez, mostrando una capacidad inaudita de asimilación y aprendizaje. La santa alianza de las fuerzas conservadoras norteamericanas y latinoamericanas ha sido presidida con carácter vitalicio por los norteamericanos, quienes desde inicios de la década de los sesenta buscaron enfrentar, con medios políticos, diplomáticos, sociales y militares, a las diversas formas de insurgencia de los pauperizados. Ideólogos como Rostow, Almond, Apter, Verba y Powell decidieron que el problema esencial de América Latina residía en el atraso y la marginalidad; por

ello, urgía modernizar a las sociedades latinoamericanas, inmersas siempre en el caos y la inestabilidad, siempre aprovechadas por los “rojos”, por los “comunistas”. La producción ideológica de estos profesores de reconocidas universidades norteamericanas, expertos en las habilidades del *lobby* de la política estadounidense, constituye una expresión acabada de la política conservadora elevada al rango de “ciencia social”. El capitalismo avanzado difícilmente permite lo “gratuito”, la “espontaneidad”; por ello, los enormes recursos destinados a estos ideólogos de la modernidad pueden comprenderse cabalmente al comparar las fechas de sus publicaciones con la creciente expansión del movimiento revolucionario en América Latina. Naturalmente, no faltará alguna mirada perspicaz dotada de “objetividad” para la cual sólo se trata de simples coincidencias, cuestionando a una perspectiva mecanicista, por lo demás vulgar, empeñada en conectar causas y efectos. Las ideas por sí mismas logran escasos resultados; por ello, ha sido necesario crear infinidad de aparatos políticos, económicos, ideológicos y represivos, destinados a impulsar el “desarrollo modernizador”. El experimento inicial fue la conocida Alianza para el progreso; en realidad este programa estaba constituido por numerosas actividades económicas, ideológicas y políticas; para su ejecución fue necesaria la formación de epígonos fieles de la doctrina modernizadora, elaborada por la intelectualidad conservadora norteamericana; estos discípulos normalmente han respondido a las expectativas, esforzándose por mantener su pequeñez, y atemorizados de manera permanente por la idea misma de rebasar la circunscripción ideológica, interiorizada por sus preceptores.

Para los ideólogos de la modernización, es posible que todas la naciones del Continente imiten la versión

de la democracia construida en los Estados Unidos. Con base en este fundamento deriva la necesidad de edificar regímenes de gobierno parlamentario, expresión de una activa vida partidaria y de ciudadanos enemigos de la abstención, pues su voto es cabalmente respetado y sus representantes electos no rompen amarras con sus electores, prevaleciendo los intereses de los ciudadanos sobre los de la élite política y los del capital monopolista; la competencia política constituye el complemento de la libre competencia económica; así, el Estado debe ser adelgazado, convirtiendo a la empresa privada en el corazón propulsor de la sociedad; los sindicatos, corporativizados o no, constituyen una traba para la libre circulación de la fuerza de trabajo; por ello, no encuentran espacio adecuado en la moderna edificación: el mercado debe ser fluido, permitiendo vías fáciles para la distribución y el consumo, para tal efecto se recurrirá a opciones “novedosas”, como cooperativas, asociaciones de productores y consumidores, etc., las que no se sabe cómo pueden romper con las férreas determinaciones de los precios y con las líneas defensivas —siempre poderosas— del sistema financiero y comercial.

Este programa restaurador, hasta la fecha, continúa plenamente vigente y hoy es política del gobierno, tanto en México como en otros países del subcontinente. El liderazgo mantiene su carácter vitaliciamente norteamericano, encarnado en el actual presidente Clinton. Pero si la historia latinoamericana reciente advierte las huellas revolucionarias, también muestra de manera clara las que han dejado las fuerzas reaccionarias y conservadoras; estas últimas —a no dudar— han permeado todos los espacios ideológicos, políticos, sociales y económicos, impidiendo la persistencia de los añorados vacíos althusserianos. Empresarios, banqueros, agencias para el desarrollo e instituciones eclesiásticas, en coro, han concurrido a la tarea edifi-

cante de reformar el orden vigente para que todo permanezca igual. El ascenso revolucionario, generalizado en Asia y en América Latina, impulsó a la Iglesia católica para que por fin iniciara un “acercamiento” a las nuevas realidades; para este propósito se efectuó el Concilio Vaticano II, coincidentemente poco después del triunfo de los revolucionarios cubanos y en los mismos años en que se desataban los planes y programas dirigidos por la Alianza para el progreso. Después de todo, ¿qué sería la Iglesia católica romana sin sus fieles latinoamericanos? Al principio, se impulsaron movimientos francamente anticomunistas; sin embargo, el fracaso de éstos impulsó el surgimiento de la “opción por los pobres”, en términos doctrinarios, a mediados de la década de los sesenta. En Perú se dieron los pasos iniciales para formular la corriente doctrinaria conocida como Teología de la liberación. Esta corriente siempre ha sido minoritaria, y en los últimos años ha recibido duros reveses, siendo prácticamente proscrita en el interior de la estructura institucional; además ha sido derrotada fuera de ella, en el terreno de la lucha política, en Nicaragua, donde se concedió todo el poder institucional al cardenal Ovando, enemigo acérrimo de la Teología de la liberación y de cualquier iniciativa reformadora, por medrosa que fuese. No obstante, estas desventuradas iniciativas, que han pretendido conciliar el reino del aparato burocrático con la lucha de clases histórica y concreta, prestaron un gran servicio a la milenaria Lampedusa; en efecto, durante estos últimos años permitieron la ilusión de una Iglesia en genuino proceso de transformación, que logró el “milagro” de moverse —una vez más— en círculos, como ha sido su costumbre política: al terminar siempre su desplazamiento en el mismo lugar donde fue iniciado.

¡A la lucha!; a expropiar con la idea del beneficio para todos y no para unos cuantos, que esta guerra no es una guerra de

bandidos, sino de hombres y mujeres que desean que todos sean hermanos y gocen, como tales, de los bienes que nos brinda la naturaleza y el brazo y la inteligencia del hombre han creado, con la única condición de dedicarse cada quien a un trabajo verdaderamente útil.

Regeneración, noviembre 1911.

8. Los señalamientos anteriores, relacionados con el estallido cubano y las prolongaciones sucesivas de esta experiencia en el resto de América Latina, no pretenden afirmar que todos estos movimientos hayan sido fruto de la iniciativa aislada o de simples actos voluntaristas; más bien las manifestaciones insurreccionales o revolucionarias se explican a raíz de las condiciones opresivas y miserables que siguen marcando la faz latinoamericana.

La estética de la pobreza ha venido imponiendo su policromía a todas las ciudades latinoamericanas importantes, todo parece indicar que las concentraciones urbanas en México no han sido la excepción: vendedores ambulantes, limosneros, lisiados de todo tipo, carteristas y ladronzuelos aprovecharon la velocidad del metro para llevar hasta las zonas residenciales y decentes de la ciudad de México su pobreza y sus carencias, además de sus magras mercancías. La invasión ruidosa de los pauperizados ha sido tan enérgica que éstos fueron expulsados de la ciudad de México, por la policía y otros cuerpos represivos; así, con el pretexto de la paz urbana, los comerciantes legales se impusieron a la economía subterránea, lo que les permitirá “hacer su agosto” en diciembre (1990), pues tanto el Centro Histórico de la ciudad de México como los espacios correspondientes al metro no serán usados por los vendedores ambulantes, o tendrán que pagar “mordidas” incosteables. En la ciudad de San Luis Potosí, el enfrentamiento entre los cuerpos represivos y los ambulantes causó a estos últimos graves heridas

ocasionadas por armas de fuego. Las distintas facetas del movimiento urbano popular denotan claramente la incapacidad permanente del sistema para incorporar con estabilidad relativa a numerosos mexicanos. La lectura de cualquier diario ofrece una escena política en la cual los conflictos obreros y campesinos constituyen un hecho persistente. Los cuerpos represivos deben mantenerse en permanente actividad enfrentando una y otra vez los embates sucesivos de campesinos pobres, desempleados, brotes de insurgencia sindical y todo tipo de pauperizados urbanos. Esta situación transforma a la sociedad en un verdadero campo de batalla, incapaz de ser regulado por las instituciones tradicionales.

La escena política esbozada anteriormente planteó la necesidad de formular un instrumento de organización social ágil y flexible capaz de "integrar" a los "marginados" a la economía nacional y al orden vigente. Así se explica el surgimiento de las tesis sobre el "desarrollo de la comunidad", "desarrollo comunitario" o "promoción popular"; el cuerpo doctrinario justificador de estas formas de organización exigió la constitución de institutos y comisiones dependientes del gobierno o de iniciativas privadas. La eclosión de los planteamientos comunitarios puede observarse a partir del despegue de la Alianza para el progreso, esto no implica que con anterioridad no hubiesen existido experiencias similares; sin embargo, el punto de arranque de la expansión vigorosa, que hasta la fecha conserva este tipo de experiencias, puede localizarse a partir de la Alianza para el progreso.

El contenido ideológico de las tesis iniciales desde las que impulsa el planteamiento sobre el desarrollo de la comunidad o desarrollo comunitario, puede apreciarse al observar el lugar que tiene en la teoría de la marginalidad; los marginados quedan fuera del sistema (razonamiento tautológico), están excluidos del

sistema por la carencia de habilidades exigidas por la estructura productiva, por ejemplo: lectura, capacitación técnica, etc.; o bien por la ausencia de actitudes o disposiciones subjetivas indispensables en la sociedad actual, por ejemplo: capacidad de integración, sociabilidad y pensamiento crítico (siempre y cuando éste no rebase los límites autoritarios vigentes). Desde esta perspectiva, la cuestión educativa resulta esencial, pues el sistema tiene capacidad integradora ilimitada; así los ciudadanos una vez "capacitados" serán guiados seguramente por la mano de la providencia que les permitirá transitar de la marginación a la integración social. Cuando se ha logrado rebasar las limitaciones educacionales es posible enfrentar con éxito formas de organización que permitan constituir asociaciones de productores, cooperativas de todo tipo: de producción, consumo, vivienda, etc. Con la experiencia adquirida en estas prácticas ideológicas, económicas y administrativas, no políticas, se genera en forma automática un proceso de transición gradual, a través del cual se alcanza cierto grado de homogeneización social, lográndose eliminar de las sociedades aquellos aspectos de atraso y pobreza sintetizados en los marginados.

Con la creencia firme en la capacidad ilimitada de la expansión capitalista, la buena intención de los diseñadores del desarrollo comunitario esperaba que, a partir de pequeños empujones iniciales, en México y en el resto de América Latina brotarían numerosas experiencias en las que la pequeña industria o la cooperativa de consumo apoyaran el desarrollo de la gran industria. El sostén fundamental de todo este planteamiento radica en la idea de crear aparatos económicos a través de los cuales se originaran líneas de distribución financiera y comercial capaces de sustentar una expansión del mercado. Esta situación marca, desde el inicio, un rasgo esencial de este tipo de experiencias: recordando a los viejos porfirianos, ellos sostenían la

idea de “much administración y poca política”, pues se trata de producir de manera eficiente bienes y servicios, intención que terminaría siendo frustrada si los integrantes de proyectos de desarrollo comunitario se enfrascaran en disputas estériles, como lo son las de carácter ideológico y político. El proyecto de desarrollo comunitario busca insertarse en los espacios donde residen los pauperizados “marginados”: la frágil economía campesina y los sindicatos endeblados ubicados en la pequeña y mediana industria y en zonas de la periferia urbana. Por ello, el contenido de los proyectos de desarrollo comunitario estará vinculado con alguno o algunos de los problemas más importantes de los sectores señalados. Como se trata de zonas y personas pauperizadas nunca disponen de fondos para iniciar el proyecto modernizador, por ello habrá de recurrir a agencias o instituciones públicas o privadas.

La concesión de créditos o apoyos (económico-financieros) gubernamentales o privados marca desde el inicio el carácter de todo el proceso, o al menos establece las condiciones de las cuales derivan choques y antagonismos continuos. Éstos son originados por la inclusión de la lógica capitalista de lucro (con su código de reglas y también de violaciones). Conviene señalar algunas características de este tipo de práctica social.

I. Introducir la lógica de las relaciones capitalistas en lugares de la periferia social no es nada fácil, pues normalmente los habitantes de estos linderos desconocen los procesos inherentes a la estructuración de un pequeño aparato económico capitalista (microempresa); esta situación ocasiona excesos, por ejemplo rapacidad desproporcionada a destiempo que termina por abortar rápidamente el proyecto, o bien la imposibilidad de comprender las exigencias del individualis-

mo desmesurado, pues con frecuencia integrantes de este tipo de proyectos despilfarran los recursos en beneficio propio y de otros miembros de la localidad; esto se explica, en parte, por la ausencia de una mentalidad capitalista, ahorrativa, avara y tacaña. En algunos proyectos destinados a apoyar a migrantes indocumentados mexicanos en los Estados Unidos, representantes de agencias internacionales, típicamente capitalistas, observan pasmados la forma como constituyen sus redes de apoyo los indocumentados, ya que éstas funcionan a través de una lógica de consumo distinta de la de un mercado tradicionalmente capitalista, dando la práctica de los migrantes la impresión de actitudes de franco despilfarro o desinteresada generosidad.

II. Los apoyos económicos y financieros, destinados a los marginados, pretenden constituir el rostro amable del capitalismo, pues presentan condiciones francamente favorables. En efecto, en forma eventual pueden recuperarse experiencias excepcionales, sobre todo en cierto tipo de inversiones que no están permanentemente presionadas por las determinaciones del mercado, por ejemplo, inversiones para bienes inmuebles y vivienda; sin embargo, cuando se trata de créditos blandos para la producción, la unidad productiva levantada a partir de ellos resiste difícilmente las presiones del mercado, y en caso de perder algún tipo de subsidio (directo o indirecto) termina por sucumbir en forma rápida. Esto es válido para el caso de múltiples experiencias de productores cooperativistas, que en poco tiempo advierten cómo, independientemente de la declaración de principios, funcionan igual que cualquier empresa, aunque



a diferencia de las empresas tradicionales están más expuestas a la quiebra y a su eliminación en un mercado ferozmente competitivo.

- III. Una unidad de productores agrarios o, si se prefiere, urbanos que ha recibido algún tipo de financiamiento, dispone de tiempo escaso para articularse de manera eficiente a las redes de abastecimiento de insumos y a las vinculadas con la distribución. El tejido tupido de redes comerciales es muy complejo, y está plagado de trampas y artilugios burocráticos. En efecto, no es lo mismo producir en pequeña escala que producir para el mercado; este paso supone capacidad adecuada para representarse, para planificar el proceso productivo en su conjunto, y para tal propósito no basta la experiencia previa, pues ésta no conoce suficientemente las reglas y reglamentos formales e informales, públicos y privados que sustentan el tráfico comercial contemporáneo. El aprendizaje de innumerables condiciones exige la visita a numerosas instituciones, la consulta a conocedores, etc.; todo esto implica gastos e inversión de tiempo; por eso

mismo las unidades de referencia tienen capacidad limitada para resistir la "guerra hormiga" que implica la lucha comercial.

En consecuencia, en un contexto social marcado por el predominio ascendente del capital monopolista y su secuela polarizadora, difícilmente pueden sobrevivir cooperativas, asociaciones civiles, microempresas o cualquier otro tipo de designación que corresponda a proyectos de *desenvolvimiento comunitario*, a menos que se integren cabalmente a la lógica de la competencia monopólica, decisión que no conlleva de manera necesaria posibilidades de sobrevivencia, tan sólo logra alargar el plazo en el cual habrá de ser destruido el pequeño capital.

- IV. En el terreno de la lucha política, los experimentos comunitarios tienden a aislar y separar del resto de los integrantes de la localidad a los miembros del proyecto de "desarrollo", pues éstos entregan su preocupación y su esfuerzo a las exigencias que implica el proyecto productivo. Para decirlo en términos hobbesianos, el individualismo posesivo se ve tonificado, debilitándose las tendencias colectivas, al sentar las bases para la constitución del aislamiento, tanto de la subjetividad como de la misma práctica política ("efecto aislamiento", Poulantzas).
- V. El sustento ideológico de una práctica política, cada vez más centrada en intereses inmediatistas y opacos, finalmente sustentada por la poderosa armazón proporcionada por un tosco pragmatismo. Lo anterior no significa que la acción se encuentre despojada de principios o ideas éticas y morales, esto no ocurre; lo que acontece es que en los valores políticos, los principios éticos y morales —en general, en el espacio correspondiente a la conciencia— se registra un despla-

miento axiológico. Esta modificación se da a través de un proceso que a primera vista pasa inadvertido, pues lo “adecuado”, lo “conveniente” aparecen como necesidad casi “natural”, inexorable; el sentido común, el “sano juicio” hace estragos imperceptibles; por ello su lógica se impone de manera gradual e implacable, pues a todas luces la preservación de beneficios inmediatos y de la seguridad y estabilidad del proyecto debe anteponerse a cualquier tipo de alianza, apoyo o solidaridad, eventualmente exigida por una localidad siempre preñada de apremios.

En consecuencia, el sustrato del razonamiento reposa en inapelables juicios técnicos y de eficacia pretendidamente válidos en sí mismos. Esta forma de lucha ideológica y política, difícilmente declarada de manera explícita y abierta, planea antagonismos insalvables entre técnica y política, entre la eficacia y un horizonte crítico y revolucionario, pues justamente en la lucha por la modificación de usos y costumbres tradicionales se aprecia la solidez de lo cotidiano, así como el grado de reforzamiento que alcanza frecuentemente con la intervención de proyectos de “desarrollo de la comunidad”. En términos de la producción de “agentes sociales”, “cuadros políticos” o “líderes”, se verifica un proceso de cooptación, pues los miembros activos de la comunidad en forma eventual pueden ser arrastrados por los proyectos desarrollistas. Por lo demás, la oposición ideológica en este terreno fue advertida en distintos procesos revolucionarios o por quienes analizaron las características de la lucha ideológica y cultural, que a la postre siempre es política; en dicho contexto, Gramsci y Mao preconizaron la necesidad de equilibrar, en la conciencia social, componentes que apare-

cen siempre como contradictorios; según ellos era posible formar militantes “técnicos y comunistas”, “rojos y expertos”.

- VI. En conexión con las cuestiones arriba anotadas conviene señalar los efectos que en el conjunto de la localidad acarrea la “micropolítica”, originada en los proyectos desarrollistas. La introducción de relaciones pulcramente capitalistas genera un proceso nítido de diferenciación social tanto en el conjunto de la comunidad como en el seno de las ramas productivas, por ejemplo abarroteros con “apoyo externo” *versus* comerciantes tradicionales; carpinteros dotados de maquinaria moderna frente a carpinteros atrasados, etc. Tal polarización, en muchos aspectos preexistente en el proyecto desarrollista, puede tener consecuencias muy distintas de las esperadas, y frecuentemente termina por modificar las fuerzas en la “microescena política”, en beneficio de las formas tradicionalmente hegemónicas.
- VII. Los proyectos de desarrollo comunitario difícilmente pueden ser exitosos, sobre todo si se contrastan con los principios ideológicos que les dan sustento, y los resultados que finalmente vienen a rendir. Para la utopía desarrollista, el “capitalismo popular” subyacente viene aderezado con un complemento autogestionario; éste es el núcleo ideológico fundamental; en efecto, la cooperativa, la unidad productiva, en suma, la microempresa, “debe ser” distinta de una “empresa tradicional”. Sin embargo, la compulsión capitalista no permite espacios ajenos a su lógica despótica, y termina por inscribir su impronta en los proyectos de capitalismo democrático y popular. Esto es bien conocido por quienes diseñan los modelos de difusión capitalista, por eso cabe preguntar: ¿cuál es, entonces, la intención políti-

ca?, ¿por qué el burgués —siempre realista, reacio a la utopía— promueve proyectos inalcanzables?, ¿para qué son diseñadas formas crediticias que terminan siempre en la “cartera vencida”?, ¿cuál es el sentido de inversiones a fondo perdido? Seguramente puede haber múltiples respuestas; sin embargo, tan sólo serán consideradas las siguientes:

- a) Estos proyectos constituyen, sin duda, extraordinarios vehículos para la difusión de la ideología y de la práctica capitalistas.
- b) Constituyen armas políticas notables, ya que a través de la micropolítica difusa exteriorizan el aprendizaje recogido en la lucha en contra de la guerra de guerrillas. Clausewitz no erró al sostener que la política y la diplomacia constituyen prolongaciones de la guerra.
- c) Para el capital, moderno demiurgo de la historia, la realización de las mercancías es siempre urgente; además, la moneda también exige el cumplimiento inexorable de sus intereses, por bajas que sean las tasas de crédito.
- d) En las sociedades miserables, como la mexicana, los pobres están sujetos a múltiples compromisos, deudas y acreedores. La subordinación económica también es política, debiendo servir, los pauperizados, a los intereses del monopolio político capitalista, a través de la constitución de bases sociales de apoyo o de cuerpos de maniobra que el gobierno, los empresarios y la Iglesia católica permanentemente exigen, sabiéndolos usar casi a la perfección.

En esta perspectiva, la “promoción popular” y el “desarrollo de la comunidad” constituyen instrumentos indispensables y de una eficacia notable para la

construcción y reproducción permanente de la hegemonía prevaleciente. De esta manera, el Estado capitalista contemporáneo logra trasponer los estrechos límites impuestos por las instituciones burocráticas tradicionales, sean éstas públicas o privadas, disponiendo de un arsenal humano (masas de maniobra) relativamente organizado, cuya funcionalidad ha sido puesta a prueba en numerosas coyunturas políticas, en las que el orden vigente ha dado muestras palpables de fuerza y adaptabilidad para la reforma empeñada en que todo permanezca igual. Además, crear las condiciones adecuadas para que “la subordinación de los pauperizados sea obra de los mismos pauperizados” exige difundir ampliamente el espíritu de camarilla, de secta patrimonialista, en una palabra, burocrático; por ello, es indispensable desatar, recoger del mismo seno del pueblo, individuos interesados en diferenciarse “trepadoramente” del conjunto de la comunidad; este tipo de personalidades constituye en forma rápida las pequeñas burocracias encargadas de administrar el proyecto “promocional”. La tarea de esta “microburocracia” aparece como meramente “administrativa”; sin embargo, el discurso político positivista tiende de manera invariable a despolitizar lo político, presentándolo siempre como “función técnica”.

Con base en las consideraciones anteriormente sintetizadas, se advierte con facilidad la importancia de este tipo de “micropolítica”, pues a partir de ella se atan los cabos suficientes para anudar redes de relaciones sociales incrustadas en la base misma de organizaciones campesinas, obreras y de colonos. La malla sólidamente articulada —a partir de la dependencia monetaria y burocrática— constituye el fundamento, el cimiento para la edificación de muros de contención encauzados a estrangular el instinto social emancipador desde la misma fuente prístina, de la cual brota permanentemente el seno del pueblo.

Las clases oprimidas crean la historia en sus fábricas, en los cuarteles, en los campos, en las calles de las ciudades. Mas no acostumbran ponerla por escrito.

L. Trotsky, *Historia de la Revolución Rusa*

Debemos enseñar al pueblo con precisión lo que de él hemos recibido confusamente.

Mao-Tse-Tung

9. La realidad iridiscente difícilmente admite la monotonía, las tendencias inequívocas y los universos cerrados, pues éstos son en forma instantánea revocados por la fuerza de la lucha de clases; el trabajo asalariado, incluidas todas sus variantes, rápidamente clama por su cabal emancipación. En efecto, la realidad social sería falseada si se admitiera que las formas de la micropolítica aquí consideradas se inscriben en el contexto clasista “como rayo caído de un cielo sereno”, pues ocurre lo contrario. El equilibrio frágil, característico de la sociedad mexicana y del resto de la América subdesarrollada, implica que cualquier intento de modificación, así sea para conservar lo existente, inmediatamente ocasiona oleadas humanas recurrentes que, a ciencia cierta, nunca se sabe bien a dónde pueden conducir. Por ello, la inscripción de proyectos “promocionales” o de “desarrollo comunitario” acarrearán en forma inmediata brotes de inquietud en la localidad.

El pueblo —trabajadores del campo y de la ciudad, desempleados, vendedores ambulantes, etc.— ha dado muestras sucesivas de creatividad y de fuerza, así reside ésta en el hecho “simple” de la reproducción de la vida, pensada en su acepción rigurosamente biológica, pues cabe reflexionar sobre la inteligencia y la agudeza mental requeridas para dar vida y sostener a los hijos, a los viejos y a los incapacitados, en condiciones tan adversas para el florecimiento humano co-

mo las que en la actualidad prevalecen en la sociedad mexicana. Malthus y Smith no se equivocaron, por ello dirigieron su mirada, avaramente interesada, en contra de la reproducción “excesiva” de los pauperizados, llegando a proponer medidas destinadas a frenar la eclosión del proletariado; la sensibilidad enjuta de los economistas ingleses advirtió el peligro que representaba la reproducción indiscriminada de pauperizados. Hoy de nueva cuenta, los epígonos mestizos del liberalismo clásico, siempre a destiempo, comparten la mirada de sus predecesores, temerosa y cruel, siempre en contra del desarrollo humano, dando muestra de sus convicciones perversas al reducir el gasto público en medicina, seguridad y salud pública, educación, etc. No obstante, los trabajadores no han cesado de salvaguardar una de las escasas riquezas que aún poseen: su capacidad para defenderse a partir de la reproducción biológica. Desde este simple “hecho”, a partir de las condiciones “elementales” requeridas para esta defensa, tan sólo en apariencia sorda y callada es posible descubrir la creatividad, el ingenio, la táctica para enfrentar y burlar una y otra vez las fuerzas decididas a destruirlas. Como bien saben los especialistas, el desarrollo intelectual suscitado a partir del esfuerzo cotidiano —y sin embargo extraordinario—, destinado a preservar la especie, facilita el crecimiento de facultades, disposiciones y actitudes exigidas por la organización diaria, el cálculo y la economía indispensable para la sobrevivencia, la información sobre el comportamiento del mercado, etc. Estas capacidades, escasamente valoradas por la investigación en México, han sido bien observadas por estudiosos estadounidenses interesados en conocer la biografía de muchos indocumentados, ellos han descubierto las capacidades excepcionales de estos mexicanos expulsados por la fuerza de su país; han advertido en analfabetos funcionales y en otros casi iletrados —parias en su propio país—

una inteligencia natural extraordinariamente dotada, además de una valentía y una serenidad de ánimo sorprendentes, sobre todo para quienes han tenido una vida fácil y sin grandes complicaciones.

Pablo Neruda escribió: los mexicanos son similares a los chinos, nada feo sale de sus manos. Estudiosos de la artesanía mexicana provenientes de Estados Unidos o de la Universidad Libre de Berlín confirman las virtudes estéticas del artesano mexicano comentadas por el poeta, quedando boquiabiertos al conocer los talleres rudimentarios y carentes de servicios elementales donde se producen delicadas obras de arte popular. El observador participante queda pasmado al percibir la habilidad política, la serenidad de ánimo que poseen muchos dirigentes anónimos de comunidades y de ejidos, quienes han sabido preservar sus tierras dando muestra de incorruptibilidad y valentía, indispensables para enfrentar presiones provenientes del interior de la localidad, pero sobre todo del poder central. La biografía de personas notables de la localidad, sean éstos activos luchadores sindicales o aventajados combatientes de las colonias populares, frecuentemente revela una historia accidentada que ha permitido la conformación de un "currículum" sorprendente en el que han acumulado una vida de lucha, en la que son frecuentes las manifestaciones de una conciencia social y política plena de valores colectivos e incluso de generosidad.

El desenvolvimiento capitalista ha permitido la acumulación de ricas capas y estratos de luchadores sociales. Estos miembros de la resistencia popular han dado muestras innumerables de su capacidad para enfrentar al poder despótico burgués. Por ello, han logrado ocupar rápidamente sus posiciones en el escenario político, surgido a raíz de la inserción de los proyectos "promocionales" o "comunitarios". Estas notabilidades anónimas rápidamente pueden identificar el carác-

ter, el interés clasista o de grupo, encubierto bajo los ropajes de los programas y proyectos gubernamentales o privados; la experiencia vívida les ha dotado de la paciencia suficiente, similar a la del cazador, para encontrar el momento justo y hasta entonces decidir la acción impugnadora. Algunos de estos combatientes han tenido sucesivas reencarnaciones: campesinos, jornaleros agrícolas, migrantes indocumentados, colonos, etc. Por ello, comprenden rápidamente las demandas de apoyo y solidaridad provenientes de sindicatos, obreros en huelga, perseguidos políticos, etc., dando rápida respuesta a las peticiones de sus compañeros de lucha. También saben distinguir las posiciones políticas y, sin necesidad de lecturas eruditas o de manual, clasifican rápidamente a los integrantes de tendencias políticas: "Bolchivikis" (comunistas, socialistas), "mitoteros" (agitadores), "politikuchis" (interesados en la participación política y social), "argüenderos" (impugnadores, inconformes), "nanakos" (feligreses católicos reaccionarios), etc. Todas estas formas de connotación implican filtraciones permanentes de la lucha ideológica y política que se da en forma más explícita y definida en otros niveles de la sociedad. Como se podrá advertir, también estas designaciones patentizan sedimentos de la larga marcha en pos de la constitución de una subjetividad política clasista capaz de convertir, de usar toda la fuerza de los elementos de la ideología dominante para sus propios intereses ¿quién podría imaginar a Supermán convertido en Superbarrio?

Según la teoría de la marginalidad, los marginados están fuera del sistema; no obstante, el análisis económico más elemental o complejo revela la falsedad de este juicio (Mellasoux, Cockcroft, Nun, etc.). También la observación empírica revela claramente el tipo de inserción que mantienen los pauperizados en la sociedad; pero sobre todo en la lucha política se percibe en forma nítida la clara articulación y la funcionalidad de

los pauperizados para la reproducción del orden vigente. Además, a través del conflicto político se revela la conexión existente entre la instintividad clasista, la espontaneidad y las formas de crítica teórica y abstracta al sistema capitalista. Por ello la constitución de una subjetividad crítica —de formas de participación revolucionaria, de diseños de organización social creativos y fecundos—, no puede prescindir de ninguno de los elementos fundamentales del movimiento emancipador: tanto de la espontaneidad, de la vitalidad siempre teñida de verde del pueblo inconforme y de muchas maneras rebelde, como del color gris de la elaboración histórica y teórica. Estas fuerzas sociales han convertido todos los proyectos “promocionales” o “comunitarios” en verdaderos escenarios políticos donde comba-

ten agentes de las fuerzas políticas más opuestas, y que de muchas formas representan el antagonismo generalizado en la sociedad. Podrían señalarse numerosos casos en los que el proyecto originalmente contrainsurgente y conservador fue desarticulado hasta convertirlo en una verdadera fuerza de lucha al lado de los trabajadores. Probablemente el caso más significativo en América Latina corresponda a El Salvador, donde es posible localizar cómo en lo que ahora son “zonas liberadas”, gobernadas de hecho por el Frente Farabundo Martí para la Liberación, anteriormente registraron la instalación de numerosos microproyectos desarrollistas, los cuales fueron transformados rápidamente hasta convertirlos en puntales del movimiento revolucionario.